

El escape

evanescencia

# El escape

colección relatos\



:):

www.  
**evanescenciafiction**  
.com

## Capítulo 1

A esa hora de la noche estaba en su celda, donde debía estar según las normas pues había pasado bastante tiempo del último recuento, ese preludio monótono y asfixiante que implica quedar encerrado en las tres paredes de cemento y las rejas de metal que conformaban la cuarta hasta el día siguiente, cuando el sonido de la sirena que tanto odiaba, como todos al fin y al cabo, indicaba en su ensordecedora situación de poder el comienzo de una nueva jornada en la cárcel. Allí dentro pasear bajo un cielo negro y las estrellas estaban prohibidos, como muchas otras cosas. Cuando estaba en su celda se ponía a leer un libro, no había mucho más que poder hacer. Primero tumbado en la cama bocarriba y cuando se cansaba de dicha postura posaba el libro en el colchón y se colocaba bocabajo. Cuando le dolía la espalda, porque debía arquearla un poco hacia arriba, forzándola, si quería que las letras fuesen legibles para unos ojos demasiado cercanos al papel, regresaba a la posición anterior y si volvía a sentirse incómodo variaba ya al gusto, improvisando sobre la marcha: se sentaba apoyado en la pared o manteniendo la espalda en el aire, apoyando el libro en una de sus rodillas, en la barriga o sosteniéndolo elevado con una o dos manos. Lo importante era tener estiradas las piernas sin estar posadas en el suelo el máximo tiempo posible pues durante el día era poco habitual disfrutar de dicho placer y, pese a que no podía salir de dicho edificio y apenas andaba nada si lo comparaba cuando estaba en el exterior, acababa siempre con un incomprensible dolor excesivo en las piernas que solo tenía remedio si se tumbaba y las estiraba. Había pensado en ir a la clínica por si acaso tenía algún tipo de problema en los músculos o los huesos, si se les estaba corroyendo o algo de eso, él apenas sabía nada de medicina pero había oído algo parecido que le pasaba a algunos presos, pero confirmar que debido a su estancia en un lugar en el que no debía estar, que por culpa de ello estaba enfermo, le hacía enfurecer en cierto modo, alterándose aún más de lo debido, por lo que no iba, tranquilo así en su ignorancia y esperando a que con su remedio casero, o carcelero, se le pasase. Además, siempre había odiado los médicos, quizá ese era el motivo real de no querer visitarlos.

Cuando se cansaba de la lectura o si su cuerpo le pedía un poco de movimiento se levantaba para realizar idas y vueltas entre paredes o se apoyaba en las rejas para ver al resto de compañeros en el interior de sus celdas, los que no estaban muy metidos en ellas. Agradecía estar en uno de los bloques más elevados para tener una vista más general del módulo, aunque tampoco había mucho que ver, se quedaba mirando allí pues, por desgracia, no existía nada parecido a una ventana en las tres paredes de cemento. Era, por tanto, su ventana particular, lo único que le permitía ver los vaivenes de los guardias, algún preso también asomado detrás de los barrotes de su respectiva celda y poco más.

Esa noche, más concretamente, en ese preciso momento, estaba, sin embargo, tumbado en la cama, despatarrado se podría decir, con una

mano haciendo de almohada —la verdadera en el suelo pues anteriormente molestó en su ejercicio de estirar brazos y piernas al límite de los extremos del colchón llevándose por delante, si acaso hacía falta, lo poco que había en la superficie del mismo— mientras la otra colgaba inerte compartiendo el frío del suelo con sus dedos, con la mirada igual de congelada y muerta, clavada en un techo silencioso que solo hacía hablar a sus pensamientos, rememorando lo que dijo su abogado, pensando en la apelación que no tenía aún fecha de resolución. Así estaba, contemplativo en su yo, en sus recuerdos y futuros posibles, respirando de forma relajada pero intranquilo a su vez, cuando recibió la llamada. Se sobresaltó un poco por el ensordecedor ruido, el primer ring, el único que hubo, que apenas duró un segundo pero fue como si un machete desgarrase su espalda con la velocidad de un masaje, tan doloroso por el contraste del profundo silencio que estaba disfrutando como inesperado ante lo alejado de su aburrida cotidianidad aunque, como si hubiese existido ese teléfono desde siempre en el interior de su celda, corrió hacia él, directo hacia él como si ya conociese estaba, ahí incrustado en una de las paredes de cemento, para descolgarlo y dejar de ser el incómodo centro de atención de su alrededor, con una urgencia tan veloz y precisa que obviaba la extrañeza de la situación.

— ¿S-sí? — preguntó instintivamente, casi tartamudo, un siseo seco, apagado y jadeante que fue lo único que pudieron formar sus pulmones.

— Hola. Solo era para decirte que ya estoy fuera.

Su primer pensamiento fue un «ah, muy bien» más irritado que agradecido por la información pero luego pensó, tras escuchar dicha voz y una vez que la sorpresa empezaba a extinguirse, en que algo no iba bien.

— ¿Quién eres? — susurró desorientado pero prudente, teniendo cuidado en no alzar la voz. Después intentó comprender pero no lo consiguió y volvió a preguntar, de forma atropellada sin esperar a que hubiese una respuesta de su anterior pregunta —. ¿Has puesto tú este teléfono?

— Siempre ha estado ahí. Siempre está, es muy necesario. Solo hace falta querer verlo. Tener ganas, iniciativa. Ya sabes.

En un gesto impulsivo despegó unos milímetros la oreja del auricular, como si con dicho movimiento ganase varios segundos para entender o creerse lo que había escuchado o, mejor dicho, lo que estaba sucediendo en general. Desde el sonido de la llamada hasta este pequeño intercambio dialéctico su realidad se había sacudido en pocos segundos, como si todo, de forma repentina, se hubiese barrido de mala gana, presionado con furia en un agitador de coctel para desorientarle en múltiples sacudidas, giros y volteretas y no, no podía ser, tenía que hacer pausa y analizarlo, sopesarlo y encontrar respuestas.

Miró al exterior de su celda, esperando a algún guardia en una lejanía cercana que mirase de reojo con un gesto jocoso en su rostro, confirmando que todo fuese una broma de mal gusto o algo similar pero parecía que solo él había escuchado el ensordecedor primer ring pues no había nadie haciendo la patrulla nocturna, ni siquiera algún preso curioso que le observase asomado en las rejas de las celdas que tenía enfrente de la suya. Después inspeccionó el teléfono incrustado en la pared, similar a

los varios que había en el pasillo dedicado a comunicarse con el exterior; poseía los mismos colores desgastados, los números de los botones difuminados y el clásico cable formando la espiral típica de la mayoría de teléfonos antiguos que había visto en su vida, con algunas zonas agrietadas y parcheadas con cinta negra. Le dio unos golpecitos en un lateral para confirmar si era cierto, si no era una alucinación, y los sonidos metálicos que recibió fueron suficientes para él. Repasó su celda por si algo más había aparecido como una cámara, alguna ventana o uno de esos cristales de observación que tienen cristales opacos por un lado y transparentes por otro pero no, todo seguía igual: el retrete en una esquina, la cama en su sitio y el repertorio de folios con rayas y números que había juntado y colgado en una pared como calendario personalizado para abarcar todos los años que le quedaban. Tampoco había nada más y nada menos, todo seguía igual salvo la presencia del teléfono, que funcionaba como si tuviese sustento de línea y electricidad propia rompiendo cualquier lógica porque no, no podía ser: cuando entró en la celda no estaba ahí ni en ningún lado y se habría enterado de su instalación por el ruido obvio que provocaría hacerlo además de las personas que se necesitarían y que en ningún momento se pasaron por allí.

— ¿Hola? ¿Sigues ahí? — preguntó la otra voz.

— Sí, perdona — contestó de forma apresurada y torpe, casi dormida, como si le hubiesen alejado de forma repentina de una meditación profunda. Se dio cuenta que no le había contestado a su primera pregunta; cómo odiaba que le hiciesen eso, formular dos o más preguntas y que siempre obtuviese únicamente respuesta de la última, y volvió a hacerla —. ¿Quién eres?

— ¿Quién voy a ser? ¿No me has reconocido? — soltó una risa inocente y sincera, pero paró al darse cuenta que la pregunta que le había hecho iba en serio por el silencio que solo llegaba, un silencio tan sepulcral que parecían ser los sonidos que podría emitir la tensión más pura y consciente —. Soy tú.

Pestañeó repetidamente, como si hubiese perdido el control del uso de los párpados.

— ¿Perdona?

— Soy tú. Sí, ya sé que suena raro... Aunque no es raro hablar consigo mismo sí lo es escucharse a sí mismo, ¿no? Por la voz, digo, nuestra voz, por eso de que nos parece distinta a la que creemos tener.

No le había preguntado con ese fin pero sí aprovechó para analizar si era cierto lo que decía. Podía afirmar que imitaba muy bien su tono de voz. Hablaba en voz baja, con cierta velocidad precipitada pero pausada a su vez, como le suceden a los coches viejos cuando les cuesta arrancar, que recorren varios metros y luego paran en seco para volver a repetir dicho ciclo que le permite avanzar de forma tan ridícula, como le ocurría a él cada vez que hablaba, ya fuese con su mejor amigo que conocía desde la infancia o con un desconocido cualquiera.

De sus posibles identidades podía ser un guarda que fuese a su vez un experto en la imitación, alguien que le hubiese observado durante su

estancia hasta haber captado sus maneras y manías en la comunicación verbal, sus frases hechas más frecuentes y demás detalles aunque no encontraba ningún sentido en todo ello debido a que él era un preso muy discreto, no le había hecho nada a nadie, ni a guardias ni a presos, además de que, de nuevo, en ningún momento había notado la presencia del teléfono cuando entró en la celda por última vez, se habría dado cuenta, seguro que lo habría visto. Por ello se cuestionaba si acaso lo fuera, que fuese real. Estaba pensando demasiado y, al estar manteniendo una llamada, parecía que el tiempo se quemaba con más rapidez por lo que, como si ya le hubiese llegado su turno para hablar, abrió la boca para coger aire, dispuesto a soltar varias preguntas que esperaba tener respuestas aclaratorias pero se le adelantó.

— Bueno... ¿Qué tal todo por ahí? — preguntó la voz. O no le gustaban los silencios que se dilataban en el tiempo o tenía cierta prisa para despachar la llamada de la forma más correcta.

Pensó en si seguir contestando o cortar la llamada para zanjar abruptamente la broma, olvidarse de la desconcertante anécdota que algún día contaría a sus hijos pero, definitivamente, le iba la marcha y quería saber la identidad del bromista, cómo pusieron el teléfono y por qué se hacían pasar por él.

— Bien. ¿Y tú? — contestó de forma escueta pero poniendo un tono interesado en la pregunta.

Se oyó un chasquido de labios desde el otro lado y un suspiro lo bastante cerca del auricular como para que le raspase el oído.

— ¿Bien? ¿Bien? — alargó un resoplido nasal —. Contéstame bien; pero de forma, no de contenido. Profundiza más en ese bien.

Se extrañó ante lo que acababa de escuchar. Por dicha frase podía ser él perfectamente, le gustaba que la gente desarrollase sus respuestas a los «qué tal», un mero y escueto «bien» era una contestación insuficiente para él, era simplificar demasiado una conversación o decir mucho al no querer decir nada. No sabía por qué, siendo un apasionado y firme reivindicador de dicha causa conversacional, había contestado de ese modo, contrariándose a sí mismo pero, lo más inquietante, era cómo el otro sabía dicha peculiaridad suya pues solo se lo decía a sus seres más cercanos y queridos, con los que tenía más confianza para decírselo, algo que no había podido hacer desde su estancia en la cárcel y, por tanto, nadie dentro de ella podía saberlo a menos que alguien de fuera se lo hubiese dicho, algo factible pero poco probable, dudaba que algún familiar o amigo fuese tan retorcido o acaso tener memoria en acordarse de dicho detalle como para compartirlo con el único objetivo de vacilarle cuando sabían que no lo estaba pasando muy bien. Por ello pensó si no era una broma, que estaba ocurriendo de verdad, algo alejado de toda lógica, por lo menos aquella que él conocía y le habían enseñado pero, si acaso lo fuese, quería saber cómo lo había hecho o por qué estaba sucediendo. Decidió dejar de lado por unos momentos toda su racionalidad y se centró en descartar o confirmar si la opción más extraña podía ser la verdadera. Así, abrazó con prudencia la conversación y le explicó que no estaba tan bien como había dicho anteriormente y el otro le confesó que ya lo sabía.

— Si eres yo... — alargaba las palabras, como si le costase formularlas, como si al pronunciarlas estuviese poniéndose una camisa de fuerza, como si se tambalease el suelo en el que tan seguro había estado siempre hasta que consiguió liberarlas como si hubiesen estado encerradas bajo presión — ¿Cómo es posible? ¿Por qué llamas? ¿Qué es todo esto?

— Era solo para tranquilizarte — contestó ligeramente sorprendido pero benevolente ante el nerviosismo de su interlocutor y su ráfaga de preguntas. Continuó de forma más comprensiva, como si quisiese emitir el mismo sosiego que él poseía —. Ya he salido, estoy bien, todo ha salido bien.

La curiosidad y el asombro parecía crecer en su interior. Con cada nueva frase que escuchaba se convencía un poco más de que era él en realidad; le imitaba tan bien como si fuese él mismo, en especial las últimas palabras, de igual forma que él hablaba con aquellos que necesitaban cierto tipo de calma. Las pausas, la entonación... Era una imitación demasiado perfecta.

Se rascó momentáneamente la cabeza, incómodo ante dichos pensamientos, como si hubiesen adoptado una forma puntiaguda que causaba picores con cada roce que podía suceder en el interior de su cerebro. Aprovechó y sí, sentía el filo de sus uñas surcando el cuero cabelludo tropezándose a su vez con su densa mata de pelo, volvía a demostrar con el tacto que todo era real o acaso su mente quería interpretarlo como tal, por lo que tenía varias opciones para actuar si estaba experimentando dicho evento insólito: una era actuar con naturalidad y seguir la conversación para obtener las máximas respuestas posibles, o negar en rotundo para así sonsacarle la información como intento de demostrarle que era cierto, o colgar y echarse a dormir como si no hubiese pasado nada esperando que desapareciese el teléfono del mismo modo que había aparecido, o gritar como un loco para que así actuaran los guardias y acabase de dicha manera, o así lo esperaba, la pesadilla espacio-temporal que significaba esa llamada. Se decidió por la primera, ya sea por parecer la más sensata o porque en verdad se lo estaba creyendo.

— ¿Dónde estás? — preguntó, curioso, a su presunta personalidad del futuro.

— Fuera de allí. Ya sabes, donde estás tú. He cogido el autobús y me he bajado en la estación donde me dijeron para coger otro que ya me lleve directo a casa pero ahora mismo no me acuerdo cómo se llama este pueblo, sé que es uno de los que está cerca pero siempre se me olvida — soltó una carcajada corta, casi apagada pero alegre —. Luego preguntaré, y también tengo que hacer lo mismo con el autobús que ahora tengo que coger porque he estado viendo en el mapa con las diferentes líneas y apenas me aclaro, ya sabes como soy.

Definitivamente sí, era él. Sus problemas de orientación espacial, la poca memoria que tenía con los nombres de los lugares y la forma de expresarse, con cierto aire mezclado de despiste y duda, al explicar pequeños planes futuros. Era él, sin duda, y, pese a lo extraño de la situación, cada vez se sentía más cómodo y relajado, nunca se había

sentido así desde que estaba en la cárcel, en esa situación tan extraña, tan perturbadora en principio pero al final tan familiar, una sensación de cercanía que la oscuridad de la noche y el silencio que impregnaba su alrededor lo hacía más íntimo si cabe. Se dio cuenta entonces del ambiente que se oía al otro lado del teléfono: las delicadas vibraciones de las hojas de los árboles al son de un viento calmado, el melódico piar de unos pájaros lejanos que querían ser oídos y el cortante paso de los coches en una carretera cercana; sonidos ya casi olvidados después de tanto tiempo. Quería saber cuánto faltaba para volver a sentirlo en sus propios oídos, sin el eco ahogado que acompañaba una llamada de teléfono.

— La apelación...

— Ganada — le cortó rápidamente, sabiendo a lo que se refería —. ¡Por eso llamo desde fuera!

La sentencia sería a su favor, ¡bien! Aunque podía parecer obvia la pregunta existía la posibilidad de que se hubiese fugado, había que confirmar que se había solucionado de buenas formas. Notó como el auricular golpeteaba levemente en sus oídos debido al temblor emocionado de sus manos. No podía contener su rebosante alegría, estaba contento ante la revelación pues sus años de dormir en esa celda llena de gélida aspereza verían su fin, de quemar las horas en ese patio de asfalto triste que ahogaba cualquier atisbo de naturaleza y naturalidad, de engañarse con flores de gravilla y canastas de baloncesto como bosques de metal, de pasear en círculos bajo la mirada de arrogantes muros que ocultaban de su vista el verde de los alrededores, de estirar los brazos y solo encontrar obstáculos, de querer hablar y ser respondido con un silencio fruncido. Esos años, meses y días de vivir limitado de forma injusta verían su fin.

— ¿Y qué tal es? — preguntó animoso, inquieto de recordar a través de sus palabras la libertad que le esperaba al otro lado.

— ¿El qué?

Paró unos segundos, temeroso al no haberse expresado bien.

— El exterior. Qué... ¿Qué se siente?

— ¡Pues no sé qué decirte! — y volvió a reír de forma amigable — ¡Cómo si no hubieses estado antes!

Hubo unos segundos de silencio. Él se refería a la sensación de estar afuera después de haber vivido encerrado durante tanto tiempo pero no le dio importancia, aunque se sentía más vulnerable que antes con la equivocación de ambos, de ninguno o de cualquiera de los dos.

— Sí, es verdad. No sabía qué decir.

— Bueno, no pasa nada. No le des importancia — añadió la voz con un ritmo indulgente, y mantuvo unos segundos de silencio —. En fin, solo llamaba para decírtelo.

Asustado, con cierto temor por el posible fin de la inexplicablemente sensación de ligera paz que estaba experimentando, notó que ese «bueno» y ese «en fin» eran los detonantes del final de su llamada, no parecía querer sostener la conversación pero él deseaba saber más. Se dio cuenta de que había perdido el tiempo y una oportunidad valiosa.

— ¿En qué momento has llamado? — y preguntó de otra forma por si no había entendido la respuesta que quería oír — ¿Cuánto me falta para salir? ¿Cómo...?

Paró al escuchar al otro lado una eme alargada, pensativa y alzada en voz.

— No te lo puedo decir. Pero no te preocupes, todo saldrá bien.

Un pitido apagado, neutro y constante reinó para siempre el otro lado de la línea. Así, tan de repente, como si hubiese habido un problema técnico, un corte en la línea, o al otro lado un dedo concluyente se hubiese posado en el delicado botón que bajo la más leve presión finaliza una llamada. Un pitido que nunca acababa, o quizá sí lo hacía y tenía fin, tan posible de serlo como de no. Nunca se había quedado tanto tiempo escuchándolo, tan seguido, tan eterno, tan igual, tan cálido. El sonido de un abrazo que se alarga de forma gustosa. Supuso que dicha sensación tendría algo que ver con la conversación que cada persona hubiese tenido en el intercambio de palabras con el otro lado. En su caso, una prolongación de un ánimo, una extensión de un «todo saldrá bien». Todo saldrá bien, parecía repetir el tono contrariamente monótono. Pero nada dura para siempre, o no debe durarlo.

Dudaba de los segundos o minutos que llevaba así pero alejó el auricular de su oído. Todo saldrá bien, se repetía a sí mismo, en susurros en el silencio de su mente, mientras realizaba el movimiento usual de un brazo que cuelga una llamada.

Todo saldrá bien, continuaba repitiendo firme, seguro, confiado, hasta que llegó a tocar la pared rugosa de duro y frío cemento.